

Tea Stilton

PRÍNCESA
de los **CORALES**



DESTINO

Personajes



❧ PRINCESA KALEA ❧

Es la princesa del Reino de los Corales. Dulce e ingenua, suele encariñarse con quienes fingen ser sus amigos.

❧ PUROTU Y NAEHU ❧

Los hermanastros de Kalea. Son casi idénticos físicamente, pero muy distintos en carácter. Quieren muchísimo a la Princesa de los Corales.



❧ TIARÉ ❧

Es la jardinera de la corte, y la mejor amiga de Kalea. Cuida del laberinto de setos que rodea Flordeolvído.



EMIRI

El cocinero de la corte. Es un hombre alto y robusto, de ojos dulces y bondadosos. Sus pinches son cuatro loros capaces de triturar cualquier cosa.

❧ KALIQ ZABA ❧

Es un misterioso joven procedente del lejano Reino del Desierto. Estudia las plantas y le encanta el mar. Un día, naufraga inesperadamente en Flordeolvido.



GARCÍA

Es la orca real de Flordeolvido, inseparable compañera de las inmersiones submarinas de Kalea. Juntas nadan incansablemente.



❧ MOEA ❧

Es la farera del Reino de los Corales, y le da a Kalea consejos muy sensatos. La princesa la considera como una madre.



❧ EL CURANDERO ❧

Es el curandero del Reino de los Corales. Conoce todos los secretos de los remedios y las hierbas medicinales. Es el sabio del reino.

Aquí estamos.

Tras navegar por el Mar de las Travesías, hemos llegado al Reino de los Corales. Cientos de atolones, algunos de ellos diminutos, rodean las tres islas más grandes. ¿Las veis? Están una junto a otra. La más extensa de todas es la Isla del Sol; con sus dunas y palmeras recuerda un pastel lleno de velas.

En el centro, está la Isla de la Luna, con arrecifes y un faro sobre el acantilado. Esta isla es muy peculiar, más adelante ya os diré por qué.

Prosiguiendo hacia el sur, encontramos las Isla de las Estrellas, donde está el palacio de Flordeolvido, donde comienza nuestra historia. En él vive la princesa Kalea, con sus hermanos y su corte. El palacio tiene un frondoso jardín, protegido por unos setos muy especiales... que forman un auténtico laberinto. ¿Para qué sirve un laberinto? ¿Quizá para ocultar un tesoro? En este laberinto hay dos, pero no se os ocurra buscarlos solos, porque, si entráis ahí, salir os resultará muy difícil.

Lo sé, sentís una gran curiosidad, pero creo que debéis esperar un poco antes de perderos en el laberinto, porque nuestra historia empieza en otro sitio. Tened

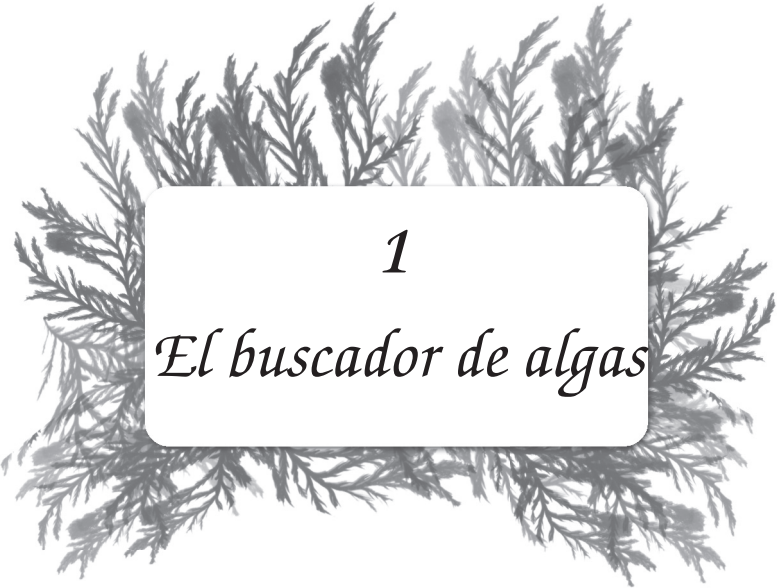
paciencia, leed con suma atención y descubriréis todas las pistas antes de que el viento las borre.

Y... si por casualidad encontráis extraños poemas escritos en la arena, leedlos rápidamente y conservadlos luego en la memoria, antes de que el viento también se los lleve. Un día, quien los ha escrito será un gran poeta. ¿De quién estoy hablando?

Lo averiguaréis al leer esta historia. De momento, preparaos para emprender este nuevo viaje al Reino de la Fantasía.

¡Kalea y su corte os esperan!

Tea Stilton



1

El buscador de algas

El océano estaba en calma, tranquilo, un espejo que reflejaba las primeras luces del alba. Más abajo, en las profundidades, un joven nadaba, ágil como un pez. Su cuerpo esbelto y ligero se deslizaba entre las rocas, en una dirección concreta. Subió varias veces a tomar aire, respirando hondo y llenándose los pulmones antes de volver a sumergirse.

El fondo del mar era rocoso, y en él se veían peces y plantas multicolores. La barrera de coral albergaba un mundo variopinto, lleno de vida y de secretos. El chico nadó entre bancos de peces diminutos y grandes, que formaban ante él insólitas figuras plateadas: un rostro sonriente, una caracola, una anémona. Al verlo llegar,



El buscador de algas

un pez grande y amarillo intentó esconderse en una alfombra de algas pardas, altas como árboles, pero el joven no estaba interesado en él.

Nadando sin detenerse, se abrió paso entre la exuberante vegetación hasta llegar a la roca que lo separaba de Pietralga, la ciudad sumergida.

Ésta, rodeada de corales, parecía no terminar nunca. En el fondo se veían estatuas de mujeres con vestidos largos y drapeados, guerreros con yelmo y escudo, águilas y dragones marinos. También había palacios en ruinas, cuyos mármoles aún brillaban. Y columnas de templos cubiertos de una fina capa verde que ocultaba su majestuosidad.

El chico nadó sorteando restos apilados como fichas de dominó, y se detuvo frente a la entrada de un edificio intacto. Veloz como una anguila, cruzó el portalón, que sólo conservaba una de las hojas de hierro macizo.

Detrás del arquitrabe, decorado con hojas de parra y frutas se extendía una sala enorme, rodeada de columnas. Los pulmones le empezaban a arder, pero atravesó rápidamente la estancia y siguió nadando por un largo pasillo que se ramificaba hasta formar un laberinto.

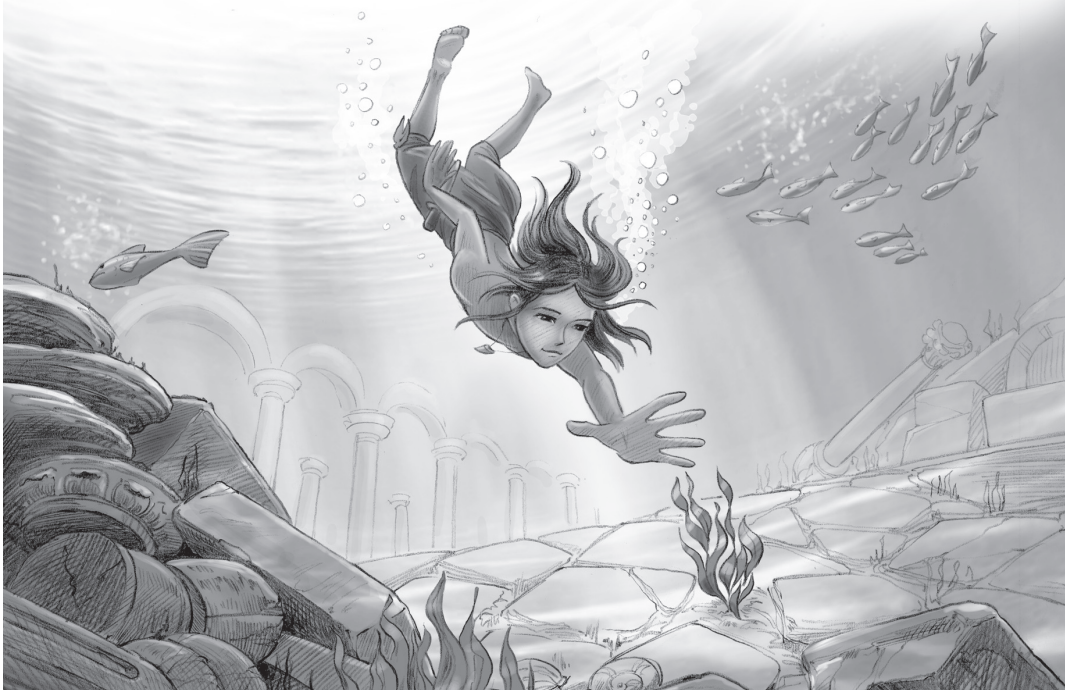
Finalmente, llegó a una pequeña explanada cuadrada, con macizas losas de mármol. Entre éstas, despuntaba

El buscador de algas

una pequeña planta de algas rojas. La mirada del joven se iluminó al verla. Sacó un cuchillo de su cinto de piel y, con infinita delicadeza, cortó algunas hojas. Luego cerró los ojos un instante y murmuró para sus adentros una oración de agradecimiento.

A continuación, con las hojas de alga en la mano y los pulmones a punto de estallar, deshizo el camino y volvió por donde había venido. Dejó atrás la ciudad sumergida de Pietralga y subió de prisa a la superficie.

Por fin pudo respirar. Miró dónde estaba su barca, se zambulló de nuevo y dejó que lo llevara la corriente. Cuando estuvo bajo la sombra de su pequeño bote,





El buscador de algas

salió del agua, se agarró al borde de la embarcación y se subió a ella.

Sus movimientos eran ágiles y rápidos. Tenía un físico esbelto y musculoso y en su piel bronceada brillaban gotas de sudor. Se detuvo un instante a descansar. Su respiración jadeante se fue aquietando y, cuando sus latidos retomaron el ritmo normal, recogió el ancla, agarró el remo y dirigió la barca en la dirección del sol. Sus ojos oscuros contemplaban el amanecer, su momento del día preferido. El horizonte se tiñó de oro.

Se sentía especialmente conmovido. Era el alba de un gran día, el de la competición más importante de las islas: la captura del Pez de Oro. Y él, Purotu, estaba decidido a ganar.